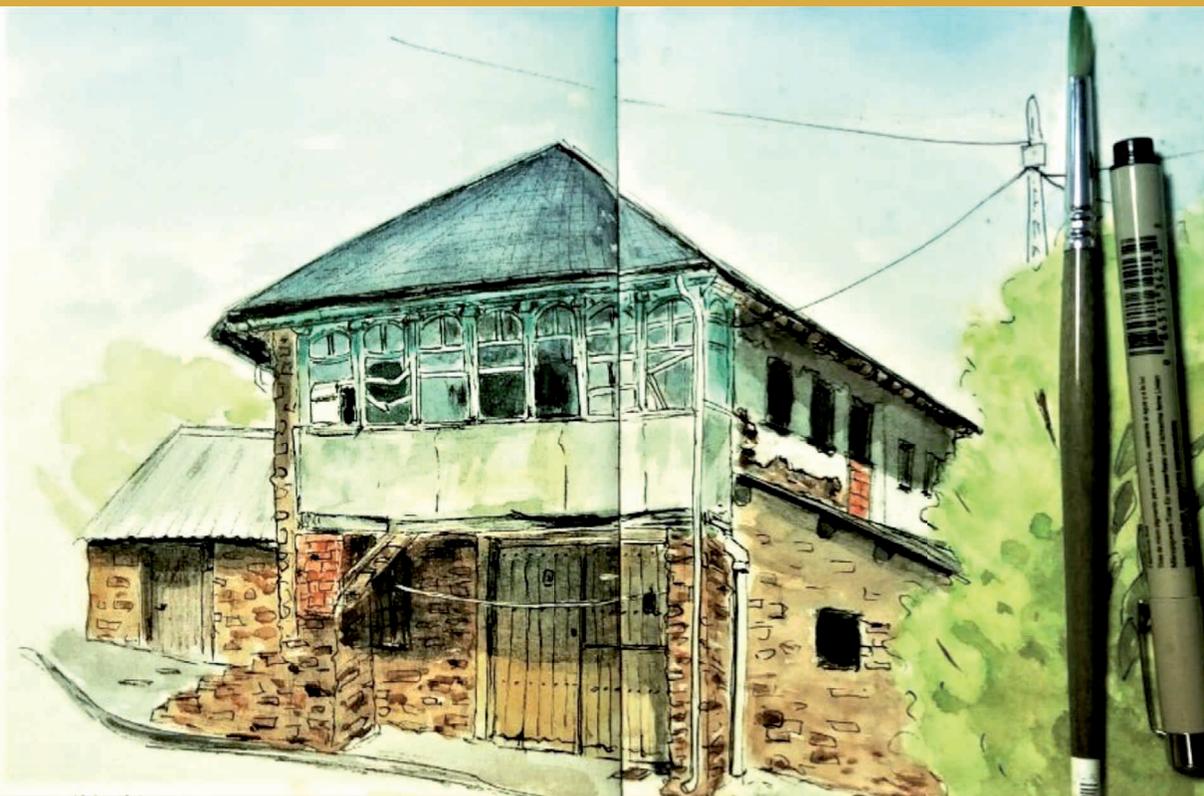


Febrero 2022

La Curruja

Revista Cultural Independiente · Nº 26 · Segunda época





EDITA: COLECTIVO CULTURAL "LA IGUIADA"

COORDINADOR: MANUEL CUENYA

FOTO DE PORTADA Y OTRAS: ÁNGELS GENDRE... GREGORIO ESTEBAN LOBATO, CUENYA...

ISSN: 2530-2051

DEPÓSITO LEGAL: LE-760-2009



Índice

Manuel Cuenya	
Felisa Rodríguez, poeta de la naturaleza	3
Gregorio Esteban Lobato	
Felisa y yo	9
Toño Criado	
Un grupo de incendiarios siembra el pánico en Noceda del Bierzo hace un siglo	11
Benjamín Arias Barredo	
Centenarios en el valle de Noceda II	13
Margarita Álvarez Rodríguez	
Ser en la vida camino	20
Manuel Cuenya	
Encuentro literario en Noceda	27
Gregorio Esteban Lobato	
Ninfa del Gistredo	29



Ella es Àngels Gendre, la autora de la portada de este número de La Curuja. Barcelonina y berciana de San Justo de Cabanillas, con un sentir cosmopolita y una magnífica sensibilidad artística. Amante de la Naturaleza y del mundo rural.

Felisa Rodríguez, poeta de la naturaleza

Manuel Cuenya

*En Noceda yo nací
y en Noceda morir quiero
porque hay nueces y castañas
y estamos cerca del cielo.*

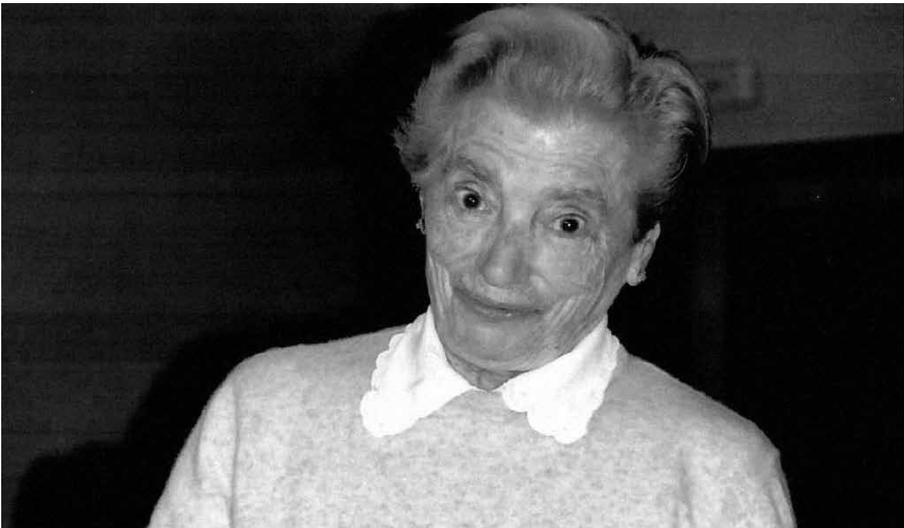
...

*Por Bembibre nace el sol,
por Ponferrada la luna,
y en Noceda del Bierzo
nace toda la hermosura.*

(Felisa Rodríguez, Meteoro luminoso)

Como paisano de la maestra y poeta Felisa Rodríguez me apetece rendirle mi humilde homenaje. Lástima que no tuviera más ocasiones de charlar con ella porque, cuando falleció en 1998, uno andaba fuera de España.

En todo caso, sí la recuerdo. Y reconozco que fue una mujer valiosa en el pueblo de Noceda del Bierzo, el útero de Gistredo, como a uno le gusta llamarle, conocido sobre todo por la ruta



Felisa Rodríguez. Foto: Gregorio Esteban Lobato



de las fuentes medicinales y el Ídolo, que gracias a ella y su Misión Rescate lograron recuperar y poner en valor, ya que la pieza, que data de la Edad de Bronce, estaba en la casa de una vecina del pueblo (Carmen Nogaledo) y servía como pesa de un telar.



Felisa con la Misión Rescate

A este respecto, Felisa Rodríguez escribe, en *Romances y leyendas*, lo siguiente: “Después de muchos milenios/ fue otra muchacha bonita/ como la flor del rosal,/ la que reconoció al Ídolo/ en un rústico telar”.

Desde los años 70 el Ídolo de Noceda, que cuenta con una réplica en el museo de Noceda y aun otra en el museo del Bierzo (Ponferrada), figura a buen recau-

do en las vitrinas del Museo Arqueológico Nacional, en la capital madrileña.

Felisa Rodríguez y su Misión Rescate, con la ayuda de sus alumnas, consiguió varios premios nacionales. Recuerda una de sus alumnas que a finales de los sesenta del pasado siglo lograron poner en marcha un museo arqueológico en Noceda con los trozos de cerámica, molinos celtas y romanos que habían encontrado en los Castros.

“¡Todas participábamos con mucho afán en su creación! Unos cuantos años más tarde, un verano después de venir de Barcelona, cuando la fui a visitar, me enseñó muy orgullosa una carta del escritor Camilo José Cela en la que le pedía que le mandase palabras típicas del pueblo. Tuve el privilegio de ayudarle a hacer la lista. Mandó veinte palabras y entre ellas *miruéndano*. ¡Gracias por enseñarnos a valorar el entorno natural y cultural de nuestro pueblo! ¡Somos muchas alumnas, las que te recordamos!”, escribe Esperanza Arias Cobos en el número 7 de la segunda época de la revista *La Curuja*.

No tuve la fortuna, pues, de mantener mucho contacto con ella. Ni siquiera que me diera clase, ya que ella ejercía su profesión en el barrio de San Pedro. Y uno vivía en el barrio de Vega, donde iba a la escuela, ubicada en la zona de la Poula y Llamillas. Para un niño, esta imagen de barrios, entonces separados, era como vivir en pueblos diferentes.



Felisa con el escritor Manuel Ángel Morales Escudero. Foto: Gregorio Esteban Lobato

Un buen amigo, José Manuel Arias Nogaledo, que además es quinto, sí recuerda haber recibido clases de la mano de Felisa Rodríguez, pues él estaba en ese tiempo en Noceda.

Se cuenta que Felisa fue una poeta de corazón que supo mirar a las estrellas y conjugar desde la luna el destello de la alborada. Toda una vida entregada en cuerpo y alma a la docencia y a poesía. Aunque tal vez no fuera reconocida como debiera. Y es que habitualmente uno no llega a ser profeta en su tierra, habida cuenta de las envidias que tanto se suelen dar en las poblaciones españolas. Ya se sabe, pueblo chico, infierno grande. No obstante, conviene reseñar que el Ayuntamiento de Noceda le otorgó el título de hija predilecta y también le concedió la Nuez de oro, distinciones que al final sí reconocen su valía.



Foto: Gregorio Esteban Lobato

Eso de escribir, incluso hoy en día, no está del todo bien visto. Eso creo. Con lo cual se me antoja que Felisa Rodríguez era considerada como una extraterrestre. Y para más inri era mujer, supuestamente de ideología roja. O algo tal que así.

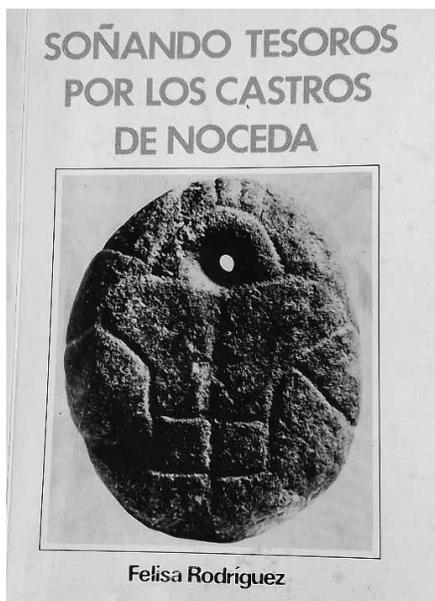
Me contaba mi padre, el cual sigue alumbrándome desde el firmamento, que en una ocasión ella y su hermana Flora estuvieron a punto de ser quitadas de en medio porque se enfrentaron a un terrateniente en aquel entonces del pueblo de Noceda por una cuestión de aguas para regar los prados. Entonces (y hoy también) el agua era sagrada en asuntos relacionados con el riego.

Felisa tuvo que vivir la Guerra Civil y la posguerra en todo su apogeo, lo que no debió de ser nada fácil. Y encima dedicó su vida a cosas tan así como la enseñanza y la escritura. “Aún después de tantos años/ en la memoria se aviva,/ la locura y destrucción/ de una guerra fratricida... Yo vi el trágico final/ de los feroces tiranos,/ sintiendo sangre caliente/ humedecerles las manos”, dejó escrito en su libro *Mi corazón de campana*.

Lo que sabemos es que Felisa era una gran amante de su pueblo, de la Naturaleza, y buena conocedora de la flora de la zona. Toda una experta en plantas. Como la genciana o la *gistra*.

Ambas con propiedades medicinales. Con una estupenda curiosidad por el patrimonio natural y cultural. Y una gran defensora de los filandones, llegando a colaborar con la distinguida Revista de Folklore de la Fundación Joaquín Díaz. Sería extraordinario, dicho sea de paso, que los filandones fueran declarados Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad. Como ocurriera, en buena parte gracias al escritor Juan Goytisolo, con la plaza de *Jemaa el Fna* de Marrakech, que es todo un microcosmos, un gran teatro al aire libre, donde cada día, a la caída de la tarde, bajan los contadores de historias a contar los cuentos de las mil y una noches al calor de las lámparas de petróleo cual si se tratara de un gran filandón.

“En las largas veladas invernales después de recoger el ganado y cenar las personas y las reses, se encendía el farol de grasa como si se tratara de un desfile procesional; por todas las calles del pueblo se oía el chaca-cha de los clavos de las galochas golpeando contra el irregular empedrado. Los jovenzuelos solían formar pandilla llegando al lugar de la cita en plan desafío”, escribió esta “maestra de gnomos y hadas, con alma de romances y leyendas”, como poetizara Gregorio Estaban Lobato a propósito de los filandones.



Dejó publicado un libro, entre otros, que me entusiasma. Se trata de *Soñando tesoros por los castros de Noceda*, donde nos habla de leyendas y castros, y también del lenguaje que hablaban nuestros ancestros. Un libro etnográfico, folclórico, al que vuelvo de vez en cuando en busca de inspiración, sobre todo cuando deseo escribir algo sobre Noceda del Bierzo.

“... Se abre el valle de Noceda como si fuera una inmensa corola de genciana con los pétalos avanzando por fáciles vaguadas y divertidos ribazos enmarcando los promontorios irregulares de nueve castros, hábitat indiscutible de seres legendarios que nos donaron en romanzas de piedra su verídica historia y también enig-

máticas leyendas...”, escribe Felisa Rodríguez en *Soñando tesoros por los castros de Noceda*.

También me resultan de interés *Romances y leyendas* y *Meteoro luminoso*. Creo recordar que estos libros llegó a obsequiármelos la propia autora, lo cual le agradezco mucho.

Felisa era una mujer generosa, defensora de los grandes valores, entregada a las nobles causas, capaz como fue de donar sus bienes inmuebles (sus casas y su finca) al Ayuntamiento de Noceda del Bierzo, donde llegó a construirse la Residencia de la Tercera Edad bajo el nombre de Flora y Felisa, “las Matildes”, que así eran conocidas en Noceda porque su madre se llamaba Matilde.

Flora, también maestra, y Felisa decidieron, de común acuerdo, que sus posesiones, a orillas del río Noceda, fueran a parar al Ayuntamiento de su pueblo. Un gesto extraordinario.

Cuenta la poeta y narradora madrileña Raquel Viejobueno que descubrió a la poeta Felisa Rodríguez porque su madre se llama así, lo que le hizo acercarse al pueblo de Noceda del Bierzo:

“Hace un tiempo encontré por causalidad a una poetisa que me pareció lejana pero al mismo tiempo fascinante. Su nombre es Felisa Rodríguez... Caminando por el interior



de Noceda del Bierzo se respira un aroma de tiempo pasado, que hace posible que ensueños y realidad caminen de la mano. Eres testigo de los gigantescos castaños y de su serranía admirable, que sin darse cuenta te hace sentir libre”.



Foto: Gregorio Esteban Lobato

A partir de ese momento, Viejobueno pudo regresar en más ocasiones al útero de Gistredo para profundizar sobre la obra de Felisa Rodríguez, además de participar en el Encuentro literario que llevamos realizando desde el 2010.

Un encuentro literario organizado por quien esto escribe a través del colectivo La Iguiada, que edita la revista *La Curuja*, con la colaboración del Ayuntamiento de Noceda del Bierzo, que a buen seguro le hubiera gustado a esta mujer filántropa llamada Felisa Rodríguez, ella que tanta devoción sentía por su pueblo.

Felisa y yo

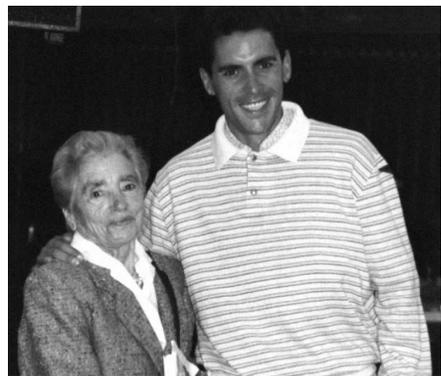
Gregorio Esteban Lobato. Escritor

Eran los primeros años del flamante Instituto Álvaro de Mendaña de Ponferrada. Yo había terminado Magisterio y estaba perfeccionando mi formación como Animador Sociocultural y Coordinador de Tiempo Libre. En el salón de actos del nuevo liceo ponferradino se celebraban unas jornadas culturales, que me iban a causar una transformación personal muy importante. En aquellos memorables días, no solo tuve la suerte de escuchar atentamente a Manuela López, Felisa Rodríguez, Ramón Carnicer y Antonio Pereira, sino también de charlar y entablar amistad con tan grandes personalidades.

Como si fuera el alumno más atento, tomaba nota de todo lo que estaba sucediendo en el escenario. Mientras apuntaba y apuntaba, mi mente viajaba por sus mundos literarios: cuatro concepciones de la vida, que estaban dejando en mí una huella profunda y duradera. Fue una influencia trascendental. Sentía un gozo inmenso que tenía que expresar, publicar y hasta vocear. El semanario

Aquiana fue la vertiente donde exterioricé mis impresiones. Desde entonces me convertí en asiduo colaborador de sus ambarinas páginas: poesías, crónicas diversas, narraciones, etc.

Después de aquel fabuloso encuentro con quienes mejor representaban la literatura de posguerra en El Bierzo, nuestra relación continuó por carta durante años. Manteníamos una maravillosa correspondencia epistolar y enviábamos colaboraciones a la entrañable publicación periódica del Bierzo y Valdeorras, con el nombre de una montaña en la cabecera, dirigida y editada por Ignacio Fidalgo Piensos.



Gregorio con Felisa



Foto: Gregorio Esteban Lobato

Pasando el tiempo, Manolita (Manuela López) empezó a perder la vista, Ramón y Antonio tenían otros compromisos, pero Felisa seguía siendo la octogenaria fantástica, sencilla y cercana, que publicaba libros a tope; y que bajaba mucho por Ponferrada, bien para consultas al médico o para saludar a la Virgen de la Encina. ¡Cómo no admirarla, seguirla, recitar con ella, pasear con ella, aprender de ella tanto su amor por la naturaleza como su pasión por Noceda! Había que exprimir al máximo todo el néctar de los momentos que compartíamos. Estaba obligado a buscar el frasquito mágico donde guardar la esencia de la gran maestra que ya

era historia viva. Tenía que descubrir la fórmula para hacer que anidaran en mí los dones que ella tenía, los valores humanos que ella representaba.



Un grupo de incendiarios siembra el pánico en Noceda del Bierzo hace un siglo

Toño Criado. Periodista y escritor ponferradino

En los periódicos de *El Templario* y *Diario de León* de 1925 y 1926, figuran varias crónicas, relativas a un grupo que se dedicaba a quemar las casas del pueblo. Ignoramos las razones de tales sucesos, solo entendibles, por rencillas profundas. Son varios los imputados, sobre todo los hijos de Constantino, que debía ser alguien importante, porque figura como juez y empresario. Uno de ellos estaba a punto de embarcar en Vigo, con dirección a Buenos

Aires y fue detenido. La preocupación debió ser tan enorme que 250 vecinos de Noceda fueron a manifestarse a Ponferrada para pedir ayuda y justicia. También, si no es por la *Benemérita*, algunos de ellos a punto estuvieron de ser linchados. Estos son los textos, copiados literalmente, primero uno publicado en el *Diario de León*, del que se hizo eco *El Templario* y otro del corresponsal de *El Templario*.

Más sobre la banda de incendiarios.

El corresponsal del Templario



Toño Criado en medio del periodista toreniense Juanma Colinas y el humorista Leo Harlem en Madrid. Foto Cuenya

El 13 de julio sobre las nueve de la noche se declara un nuevo incendio del barrio de Río, considerando como presunto autor al yerno del ya conocido Constantino Rodríguez, Tomás Álvarez, que debido a las activas diligencias de la *Benemérita* de Bembibre fue detenido en Vigo cuando se dispo-

nía a marchar con su esposa Dolores Rodríguez para Buenos Aires. El 27 y 28 arden de nuevo varios edificios, considerando como autor a un hijo de 12 años de la ya conocida Laura, que declaró le mandaba su padre poner fuego, el que ya fue detenido Isidro Escalante (a) Cristos: el 30 una manifestación en número mayor de 250 vecinos de dicho pueblo fue a Ponferrada a pedir justicia y traslado de los encartados en el sumario. El 2 de agosto por orden de las autoridades del referido pueblo fueron detenidos Benito de la Fuente y su esposa por considerarlos cómplices en los atentados.

Banda de incendiarios detenida.

El Templario. 2 de agosto de 1925

En el pueblo berciano de Noceda, inmediato de Bembibre, se venían sucediendo los incendios de manera atemorizadora. Ya el año pasado fueron detenidos y están procesados por incendiarios el vecino Constantino Rodríguez y sus hijos Juan Antonio y Emeterio y aunque la voz pública murmuraba del hermano de éstos e hijo de aquel Eduardo Rodríguez Álvarez de 35 años, casado, tipógrafo y labrador, no se encontraban prueba para acusarle, pues siempre se hallaba distante de los incendios cuando éstos tenían lugar. Así que el vecindario de Noceda llegó a creer en

un castigo de la Providencia. Desde mediados de mayo último se sucedieron en tal pueblo los incendios. Uno frustrado, que sólo quemó un poco de paja, otro en casa de Juan Vega, que no quemó sino el tejado con cien pesetas de pérdidas, otro en casa de Álvaro Núñez, quemándose tres edificaciones y otro en un corral que se propagó a otras ocho que se quemaron, con 20.000 pesetas de perjuicios. La confusión del vecindario creció al ver que Eduardo, su hermana Genoveva y su criada Teresa Nogaedo, levantaban su casa yéndose a vivir a distintos sitios lejanos del pueblo. ¿Quién podía ser el autor de los incendios? Y a raíz de uno de estos, la *Benemérita* de Bembibre, después de hábiles interrogatorios a una mujer de Noceda, Laura Navas, que, al parecer, sostenía relaciones ilícitas con Eduardo, hizo confesar a ésta que el autor era Eduardo el que ponía largas mechas ocultas en los tejados, y al irse consumiendo lentamente le daban tiempo dos días a veces, de alejarse, para probar la coartada, provocando el incendio. El pueblo de Noceda quiso linchar a Laura y a su marido, al llevarlos detenidos la *Benemérita*, que también detuvo a Eduardo, que confesó su delito, a su hermana y a la criada que habían formado la terrible banda de incendiarios, por salvar a los ya procesados de tal delito.

Del *Diario de León* recogido por *El Templario*.

Centenarios en el valle de Noceda II

Benjamín Arias Barredo

En Noceda, debido a este privilegio de vivir en un valle tan generoso, no se pasó tan mal en aquellos tiempos como ocurrió en muchísimos lugares de la geografía de nuestro país. Aunque también hubo muchas necesidades, sobre todo para esta generación de centenarios como Carmen, Antolina y Eugenio, a quienes me referí en el texto que se publicó en *La curuja* del mes de julio pasado.



Antolina con su nieto Eneko.
Foto Neli (hija de Antolina)

En aquellas fechas, además de la leche y sus derivados, fue también la crianza y matanza del cerdo la que cubrió en cada hogar muchas necesidades, y se convirtió en el sustento de las familias para ir tirando durante todo el año. Por entonces había abundante ganado vacuno y equino, y sus terneros y potros se vendían y con ello sacaban unas perrillas para ir tirando. Quienes podían, además, hacían también el *sanmartino* y curaban la cecina. Asimismo, en cada casa había muchas gallinas que les proporcionaban buena carne y huevos: todo tan lleno de proteínas para afrontar el duro día a día. Igualmente ocurría con las ovejas y cabras que, de vez en cuando, se sacrificaban para las fiestas y grandes eventos. Por supuesto contaban con el abastecimiento de verduras, trigo, cebada, centeno y toda una variedad de legumbres, gracias a esta vega y sus enclaves llenos de hermosas huertas, extensas praderas de regadío y tierras de secano. Noceda cuenta con una gran extensión de dehesas, montes,



Foto Noceda: Cuenya

montañas y sierras llenas de bosques y pastos para alimentar el ganado y a la fauna autóctona silvestre, además de suministrar follaje, leña, caza y tantas otras cosas. ¡Un pueblo privilegiado! Creo que el hecho de haber tantos mayores en Noceda tendrá que ver con los aires del Gistredo y la Silva, con su modo de vida y toda esa variada y rica alimentación. O bien con que tomaran también mucha leche de vaca, oveja y cabra. Incluso había quien decía que la tomaba de burra, pues había muchas burras en el pueblo. Al parecer, es una leche especial, como la de camella en países árabes. Algunos mayores cuentan que, al ordeñar las vacas, se bebían un buen trago de leche según salía calentita de la ubre -sin pasar controles de sanidad, ¡y hay que ver qué

resultados!-, cosa que también hacía yo y me encantaba. Una vez cocida y reposada en frío de un día para otro, cogía la capa de nata que la cubría y la untaba en el pan con azúcar.

¡Qué festín me daba! A mí, ver a estos entrañables mayores, amigos y vecinos me llena de gozo y alegría, así como el poder hablar con ellos y comprobar con satisfacción que siguen con sus familias -entre nosotros- compartiendo tantas vivencias y recuerdos. Asimismo, con su memoria nos pueden trasladar a otros cien y más años por las cosas que vivieron y les contaron sus antepasados. De igual modo, escuchándolos, podríamos retrotraernos a cientos de años, y aun inmemorables fechas, pudiendo conocer y saber muchas cosas de ellos y de nuestro pueblo. Sería un viaje

retrospectivo lleno de una rica cultura ancestral, colmado de un gran valor. Un bienpreciado en sentimientos, historia y sabiduría que nos aporta mucho y que deberíamos valorar, apreciar y conservar. La mayor riqueza del ser humano es la memoria y sus raíces y el haber compartido el encuentro y los recuerdos con sus semejantes cuando ya estamos al final de nuestro ciclo vital. En estas circunstancias ya no sirven de nada las riquezas o miserias que hayamos tenido. Lo que tiene mérito e importa es que nos recuerden con estima, cariño y respeto nuestras familias, amigos y vecinos, así como el resto de la sociedad con la que hemos convivido.

Dedico este escrito a dos personas centenarias: **Antolina García Llamas** y **Eugenio de Paz Álvarez**, ya que apenas aparecieron en el texto de la anterior revista.

Antolina García Llamas

Antolina es hija de Hermenegildo García Arias y Josefa Llamas Rodríguez, y la mayor de cinco hermanos: la propia Antolina (casada con Francisco Rodríguez Travieso), Teresa, Cándida, Juan y Araceli. A Antolina todos los vecinos la recuerdan con las vacas, las ovejas y en tantas labores labriegas y caseras. Una mujer muy trabajadora que -por lo que me ha contado su hija Neli-



Antolina con sus suegros.
Foto: Neli (hija de Antolina)

se quedó pronto sin padre porque lo mataron terminada la guerra. Al ser la mayor, tuvo que bregar mucho con su madre para sacar a su familia adelante con tanta escasez y necesidades como había por aquellas fechas. Hace años que vive con sus hijas Eloína y Neli en Sestao (Vizcaya), que la cuidan con mucho cariño y esmero. Rebotante de salud, sin ninguna patología, todavía conserva un aspecto envidiable para su edad. ¡Qué gran mujer, Antolina!

Una vez, con doce años, sus padres la mandaron ir a comprar a Bembibre (acompañada de Elisa de José Antonín) con la burra y unas

alforjas. De vuelta a casa, cerca de Viñales, vio una cartera que contenía fotos y 500 pesetas. Delante de ellas iba una cuadrilla de San Justo que venía de una boda. Había costumbre de parar en el estanco del pueblo y allí preguntó si alguien había perdido algo. Un hombre le dijo que había sido él. Comprobó que así era. Y otro hombre de dicha cuadrilla le dijo a su pariente que le diera a ella 25 pesetas por ese gesto y, éste dijo que no, que le daba 5. Y Antolina, que no tenía intención de pedir por ello, dijo que no quería nada. Luego se quedó pensando lo bien que les habría venido para comprarse unas alpargatas de las que estaba muy necesitada.

Y con 14 años -en vísperas de la Guerra- la mandaron ir con la burra a moler unos sacos de trigo a San Román, porque en Noceda el molino había que pagarlo y, además, se quedaban con más trigo y centeno. Allí tuvo que esperar turno y se hizo tarde. De vuelta a Noceda, ya en Viñales, se le había hecho de noche, y tenía miedo de seguir camino, por lo que pidió a un vecino si la dejaba dormir en una cuadra con la burra, a lo que el vecino le respondió que sí. Y allí durmieron ella y su burra -como buenas compañeras de fatigas- y al amanecer se fueron a Noceda.

Finalizada la guerra

Terminada la guerra (por fortuna), había muchos mozos y mozas en Noceda de sus quintas, unos años arriba o abajo, que se juntaban para bailar, charlar y ligar. Cabe recordar, entre otros nombres, a Carmen, Antolina, Josetón y Flora Zabaleta; Josefa de Julia (mi madre); Genoveva de Engracia; Carmen y Rosalía de Benito; Benita y Flora Petronilo; Felicidad, Pilar y Milagros Tejidos; Antolina Llamas; Mari Ángela tío Blanco; Aurelio, Angelón, Pepe, Ramiro y Leonor Panadero; Vicente, Venancio y Rosalía Coral; Pepe el Pito; Luisón y Primitivo Pardín; Pepe y Benito el Guardia, Conce la Tomasina; Encarnación Tamboritero; María y Antonina Juansisto; Pilar, Antonio, Santiago, Severino y Elías Pachón; Marcelina y Nicanor la Garbanza; Josefa, Esteban, Eugenio y Mercedes de Paz; Rosario Cazuelas; Domingo y Emilia Joseantonín; Neli, Antonina y Olina Petite; Virginia Palombo; Antonio Bayón; Antonio Sicoro; Emilio la Estanquera; Felipe la Simona (mi padre); José Antonio, Federico y Tomás Manolín; Avelino, Antonio y Benito Mateguines; Manolo y Tomás Chinchones; Lorenzo Perrón; Lorenzo Tortín; Manolo Lorencín; Bullarengue y Quico Felipote, por citar a algunos.

Cantina de Álvaro Furil

Allá por los años de 1943-44, en los bajos de la casa de Álvaro el Furil de la calle la Parada, donde también vivían en la primera planta la familia, había un salón de baile que lo llevaban Tina, Luisa y Antonio (este era un crío y ayudaba a sus hermanas). En él también se servía el café de puchero, refrescos (con la gaseosa como estrella de la época) y varios alcoholes: coñac, ponche, anís, jerez y el orujo (el rey de fiesta). Asimismo se jugaba a las cartas, al dominó y a otros juegos y hasta se hacían rifas. Los discos ya eran de vinilo con canciones de tangos, coplas, melodías, fandangos y otros estilos de cantantes famosos como Imperio Argentina con: *Morena Clara*, *La Falsa moneda*, *El día que Nací yo*; Concha Piquer: *Triniá*, *A la lima y al limón*, *Ojos verdes*, *Y sin embargo te quiero*, *En tierra extraña*, *Lola puñales*; Juanito Valderrama: *La hija de Juan Simón*, *De Triana a México*, *Osa del penal*; Celia Gámez: *Tabaco y cerillas*, *Murió el sargento Laprida*, *Rápteme usted*, *El día que me quieras*; Estrellita Castro: *Suspiros de España*, *La Morena de mi copla*, *Ay Mari Cruz Mari Cruz*; Gracia de Triana: *Los aceituneros*, *Romance de la Lirio*. Antonio Mairena; *El Luto que llevo en mi corazón*, *Con ese*



Álvaro Furil y su hija Luisa.
Foto cedida por Lina (hija de Álvaro)

delantal Grana; Angelillo: *La hija de Juan Simón*; Pedro Vargas: *Granada*. Y tantos otros, además de algunas grandes figuras extranjeras como Carlos Gardel con: *Volver*, *Un año más*, *Rosas de otoño*, *Por una Cabeza*, *Viva la patria*; Antonio Machín: *el Manisero*, *Angelitos negros*, *Toda una vida*, *Dos gardenias*; Jorge Negrete: *Ay Jalisco no te rajés*, así como Marlene Dietrich, Louis Armstrong, Maurice Chevalier y muchos otros con tantos buenos temas.

Esta generación se merece nuestra consideración, todo nuestro respeto y nuestra admiración por cómo se com-

portaron haciendo tanto por todos, además de quererles por ser nuestros padres, familiares, amigos o vecinos. Un fraternal y entrañable abrazo para los que están con nosotros y un recuerdo en su memoria para los que se fueron y que llevamos dentro.

Eugenio de Paz

Eugenio pertenece a una familia muy numerosa de catorce hermanos y dos más, malogrados al nacer, ¡qué ya es decir! Hijo de Venancia Álvarez y Vicente de Paz (al que yo aún conocí y recuerdo con un sombrero color marrón impoluto montado en su caballo tordo). Pero fueron sus abuelos, Tirso de Paz y Ramona Godos,



Eugenio y su mujer Salomé



Vicente y Venancia, padres de Eugenio

quienes pusieron las semillas y los cimientos para establecerse en Noceda, ya que Tirso se dedicaba como vendedor arriero a la venta ambulante con varios productos ultramarinos, entre otros y en especial el aceite, por eso lo conocían como *El aceitero*. Llegó a Noceda con el carromato remolcado por su caballería, desde la estepa de Urdiales del Páramo (partido judicial de La Bañeza) vendiendo por Astorga, Venta de Fuente Arenosa, Manzanal, Brañuelas y por todo el valle del río Tremor. Desde allí, visualizó el Alto Bierzo mirando al horizonte en esas colinas y, viendo esas montañas generosas en cuencas y ríos caudalosos, se acercó a vender a Folgoso de la Ribera e Igüña. Fue al llegar a Noceda cuando se quedó hipnotizado con aquel pueblo precioso de verdes valles, montes y sierras de grandes bosques y vegetación,



Eugenio de Paz

con una gran extensión de huertas y praderas de regadío y otras cuantas amplitudes de tierras para los cereales y legumbres, con abundante agua que llevaban las acequias por delante de las casas para regar. Entonces, le dijo a su Ramona: “he visto el pueblo más bonito de todos y allí nos vamos a ir a vivir y criar a una gran familia ¡concho!”.

Eugenio fue una persona que, de niño y joven, se forjó mucho observando, participando y ejerciendo en todo lo que podía por sus inquietudes. No estudió carrera, aunque sí tuvo la mejor universidad, que fue la de haberse forjado en la vida. Se formó a conciencia luchando y estudiando por las noches cursos de construcción relacionados con edificios y vivienda, minería o trazados de carreteras, llegando a ser un gran técnico-maestro, lo que le permitió implicarse por su propia iniciativa y



Eugenio, su mujer y su hija

decisión en proyectos importantes. Asimismo, le consultaban en algunas obras los responsables ingenieros, arquitectos y demás, como ha quedado patente en proyectos de construcción, excavaciones o trazados.

Tanto él como su mellizo Esteban se libraron de la guerra porque eran de la quinta del 41. No ocurrió lo mismo con cuatro de sus otros hermanos como Paco, Ángel, Pepe y Avelino.

Eugenio se casó con Salomé, hija de Avelino de Paz del barrio de San Pedro, con quien tuvo una hija también llamada Salomé, que es artista plástica.

En el próximo número de la revista *La Curuja* le dedicaré otro espacio a Eugenio y la familia de Paz.

Ser en la vida camino

Margarita Álvarez Rodríguez. Escritora.

En la vida cada uno de nosotros tiene un destino. A unos les toca ser agricultores, a otros ministros o policías o mineros... O ser hombres o mujeres... O ricos o pobres. A mí me ha tocado en suerte ser camino. Sí, ser camino. Como a otros seres les ha tocado ser árbol, piedra, musgo, manzana... Y es que en la naturaleza también hay destinos. Y yo estoy orgulloso de mi destino.

Me tiendo y me extiendo bajo la luz del sol, que veo la mayoría de los días del año, en ese cielo tan azul de la montaña leonesa. Y cuando llueve o nieva me quedo agazapado hasta que escampa, aunque a veces abro los ojos para no perderme la belleza de algún arco iris o para ver los charcos que ha dejado la lluvia o el *desnevio*.

Por ser camino me he sentido siempre útil, muy útil y, además, he podido unir el destino de mi vida al de miles de personas, al de muchas generaciones. En general, me gusta ser pacífico y vivir una vida tranquila, pero algunas veces tengo fricciones con la naturaleza

que me rodea. Con ese árbol usurpador, cuyas frondosas ramas ocupan parte de mi espacio. Con esa zarza rastrera que poco a poco ha ido adueñándose de un lugar que no le pertenece; lo hace silenciosa, pero sus espinas acechan y atacan traicioneramente a cualquier pierna o brazo despistados y los marcan con un arañazo. Con esa piedra que quizá rodando desde monte se ha colocado en mitad de mi espacio y provoca que las personas, animales o vehículos tropiecen en ella y la maldigan. Tengo mejor relación, en cambio, con la hierba que, sobre todo en primavera, decide convertirme en un prado más. Un prado largo y estrecho del color de la esperanza. La hierba me convierte en un suave colchón vegetal que permite caminar sobre mí con suavidad. Y tal vez haga feliz a alguna vaca que siempre estará dispuesta a llenar la andorga con ella. Es verdad que esa hierba que me cubre tiene un inconveniente: se llena de *orbayo* (orvallo) por las noches y moja los pies del caminante. Pero,



Foto Homenaje al trabajo en San Pedro Castañero: Cuenya

en general, los que me han hollado durante siglos iban (algunos van aún) bien pertrechados de botas de goma, *madreñas* o *chanclos* para protegerse los pies de ese rocío mañanero.

Durante siglos los lugareños, que precisaban de mis servicios, me cuidaban, me mimaban. Al repique de campana eran llamados a *facendera*, y los veía venir hacía mí para lavarme la cara y acicalarme. Con *hocas*, *fozorias*, *forcas*... y ganas de hacer bien el trabajo, cortaban la zarzas invasoras, las ramas. Me *espedreaban* y me dejaban listo para cumplir mi cometido. Desde hace años han desaparecido las *facenderas*, a la par

que lo hacían las gentes y que se mecanizaba el trabajo rural. Y eso nos ha hecho sufrir a todos los caminos, pues el destino de muchos amigos ha sido desaparecer sin apenas dejar rastro, salvo el que siga vivo en el recuerdo. En los últimos tiempos, sin embargo, obreros municipales se acuerdan de nosotros y acuden a rasurarnos las barbas que nos hacían casi irreconocibles. Yo hasta me pongo contento cuando oigo cerca el ruido de una desbrozadora.

En realidad, tengo suerte, estoy cerca del pueblo. Y la mayoría de los lugareños sigue recordando mi nombre. Pero hay muchos que no solo han perdido su fisonomía, porque la naturaleza salvaje los ha devorado, incluso han perdido su nombre. Y cuando algo no tiene nombre, pierde su existencia, la física y la de la memoria. En unos casos porque conducían a términos que hoy son *adil* y ese camino ya no lleva a ninguna parte; en otros, porque su espacio ha sido ocupado por una carretera.



Foto Las llamas del Valle en Noceda: Cuenya

Los caminos hemos nacido para dar servicio. Para abrir vías de comunicación entre personas del mismo pueblo o de lugares diferentes. ¡Con cuanto esfuerzo físico y con cuanta generosidad tuvieron que ceder parte de sus fincas sus propietarios para que nacióramos nosotros, los caminos! Y es que un camino siempre lleva a algún lugar. A esa *linar* donde hoy se siembran los sementijos. A ese prado que hay que barrer y regar para que produzca hierba en primavera... A ese *cueto* de tierras centeneras. A la escuela... A la ermita... Al cementerio... A ese otro pueblo, con el que se tienen buenas relaciones de vecindad, al que hay que ir a la feria a vender un animal, a comprar alimentos y ropa... Al médico. O quizá hayáis tenido que caminar por un camino parecido a mí durante varios kilómetros o a lomos de un animal para llegar a ese pueblo más importante donde se pudiera coger el *coche de línea* que os llevara a la ciudad. Caminos y más caminos... Caminos y caminantes...

Pero hay variedad de caminos, lo mismo que de personas: unos somos llanos, otros, *pindios*; unos tenemos el piso en buen estado; otros, quedamos *arroyados* y llenos de *carcavones* después de las tormentas; algunos somos rectos; otros, sinuosos. Hay caminos que dejamos ver el panorama que nos circunda y otros que están escondidos



Foto Río de Noceda: Cuenya

entre la vegetación, casi adivinados. Los hay escoltados por muros de piedra, unos muros realizados con *piedra seca* (sin argamasa) que son unas obras admirables y que marcan la geografía física de esta tierra. Pero todos somos transitados, pues hemos nacido para eso.

Los caminos hemos sido durante generaciones lugares de movimiento, de vida, de relación... Y símbolos del trabajo. Hemos visto a las vacas pasar –y pacer– cuando se dirigían a un prado, a un coto, a una *veiga*. Parece que oigo aún la voz chillona de un *guaje* que maldecía a alguna vaca, armado con un palo mayor que él: *Galana, no seas lambriona*... O a un hombre o a una mujer que con una *ijada* en la mano les daban

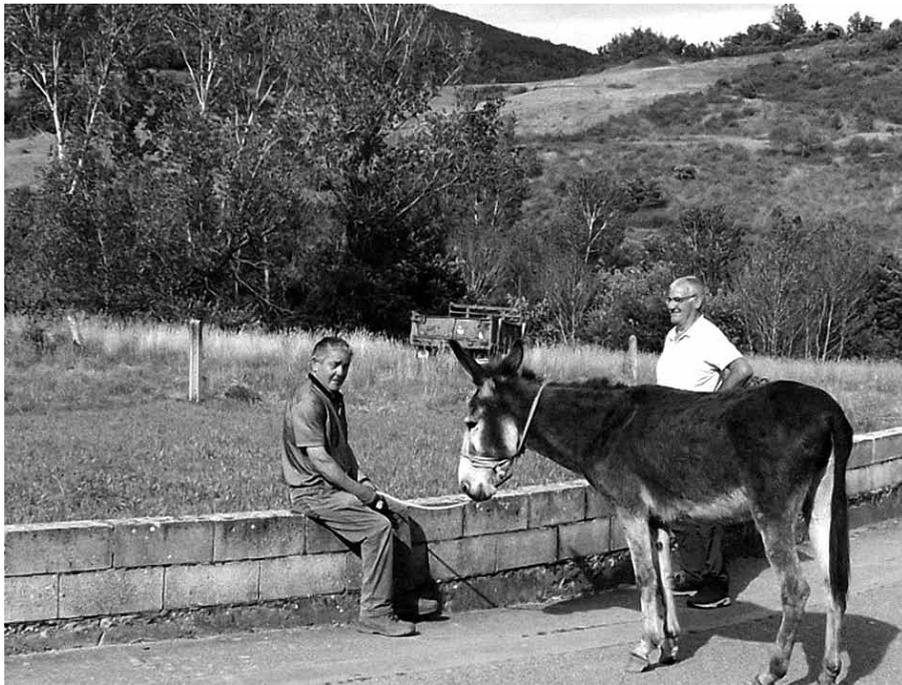


Foto: Cuenya

órdenes o las animaban: Vamos, *Garbosa: tira, Pinta...* Las he visto también *bramar, reburdiar, moscar...* Y a veces, cuando *andaba alguna tora* se ponían a *rebincar* y a correr y era difícil *atoledarlas*. También las he visto pelearse con otras y *escornarse*. En cualquier caso, siempre me ha prestado mucho oír aquellos nombres tan guapos con que las llamaban: *Triguera, Bardina, Silga, Torda...* Estaba claro para mí que eran parte de la familia que las cuidaba.

Los caminos hemos visto pasar carros y carros... Un día pasaba un carro muy voluminoso que entre sus *pernillas* y *talanquera* llevaba una *carrada* de hier-

ba que iba dejando un rastro a su paso, a pesar de haber sido bien *peinado*. O un carro de centeno. O de *bálago*, después de haber *majado*. Otro día era un carro cargado de *tueros* o leña de roble, *palera*, chopo, o de *urces...* para *atizar* en el largo invierno leonés. Y a veces hasta tenía que adivinar qué llevaba ese carro escondido dentro de sus *cebatos* o *cañizos*. Desde el lugar en que estoy recostado no podía ver qué contenía. ¿Manzanas, nueces? Ah, no, eran patatas. ¡Cómo no me daba cuenta! Había sido la fiesta de la Pilarica y era la época de recogida de las patatas por esta tierra. Y pasaban muchos carros... Y es que estas tierras

leonesas siempre han producido buenas patatas. También he visto pasar burros y caballos. Unas veces caminaban transportando en los *cuévanos* trébol, alfalfa o cualquier otro producto para alimentar al *ganado menudo* en casa. En otras ocasiones llevaban en los *serones* o alforjas alimentos u otros útiles caseros. En la actualidad echo de menos aquel rechinar de las ruedas del carro y las órdenes que recibían las vacas que lo arrastraban. Ya hace años que no pasan carros, ahora veo y oigo el ruido de los tractores y siento el peso de sus grandes ruedas. La hierba se lleva *empacada* y no deja rastro. Y apenas se siembran cultivos de huerta. Desde mi posición solo veo prados y arboleda.

Pero, sobre todo, he visto pasar a gente andando... Casi siempre llevaban algo al hombro, que variaba al compás de las estaciones... Un día los veía con un *gadaño*, los *cachapos* colgados de la *pretina* y un rastro. Había pasado San Juan y la siega de la hierba estaba aquí. Otro día los veía con una *zada* y un *caldero*. Iban a plantar berzas, tomates, *cebollín*... Y había que echarles un poco de agua. O llevaban un *azadín*, porque habían nacido las patatas o la remolacha y tenían que *escabarlos* para quitar las malas hierbas. Tal vez la *zada* sirviera también para cavar unos *tapi-nes* y *atorcar* el agua para regar. En julio las gentes del lugar seguían los caminos



Foto Noceda: Cuenya

que iban a las tierras altas con la hoz en la mano. Ya estaba llegando la fiesta de Santa Marina y había que *segar el pan*. El otoño era la época de las cestas y de *macheta*...

También he visto pasar a grupos de personas alegres. Se trataba de la *moceda*. Tal vez iban a la fiesta de algún pueblo de los *alredores*... Corpus, San Juan, Santa Marina, Santiago, San Lorenzo... La Virgen de agosto... Regresaban de madrugada. Es posible que tropezaran en alguna piedra, porque no la veían o porque habían *pimplado* más de la cuenta... Aun así, su paso era siempre bullicioso y alegre. Había que disfrutar de los pocos momentos de fiesta. Pero no siempre oía voces alegres. A veces las voces parecían ansiosas, eran más bien lamentos... Por lo visto habían oído tocar a fuego y corrían a ayudar con *calderos* o con *jamascos*... O caminaban silenciosos porque había muerto ese buen vecino y lo querían acompañar en su entierro.

Siempre tengo los ojos muy abiertos y despierto el oído. No quiero perderme

nada de lo que ocurre a mi alrededor. Y la verdad es que tengo mucho que percibir, porque mi entorno cambia mucho de una estación a otra y se repite año tras año. En primavera me orlan las flores más diversas. Las *urces* con sus *galanas* pintan el paisaje de colores rosáceos y blancos. Las escobas y árgomas me visten de amarillo. Y en mis bordes unas tímidas violetas exhalan un olor inconfundible que se acrecienta bajo una pisada. También veo variedad de flores amarillas. Y de vez en cuando un *rapá* me da un pequeño susto al explotar sobre la mano un *estallete* o *santibáñez*, esa flor que por otros lugares llaman dedalera. La *cantadera* de los pájaros me hace disfrutar de una sinfonía que me presta a lo largo de todo el día. De vez en cuando oigo cantar al cuco y a alguien que pasa diciendo: *Cucú, cuquiello, rabie-llo, rabo de escoba, cuántos años faltan pa la mi boda...* Y a continuación oigo decir:

uno, dos, tres... Y así hasta que el cuco deja de cantar. También en esos meses vuelven a llegarme con más frecuencia las conversaciones. En algunas ocasiones hasta oigo a personas que hablan solas... Pasos y reflexiones. Una forma de aprovechar bien el tiempo. ¡Cuántas conversaciones he escuchado a lo largo de mi vida! Sí, escuchado, porque más de una vez he puesto el oído atento para enterarme de lo que ocurre por aquí.

Algunas de las flores que me acompañan se mantienen a lo largo de todo el *brano*. En ese tiempo veraniego me hacen compañía y me sirven de parasol las ramas de los árboles... En los últimos tiempos oigo las pisadas de mucha gente... No son los labradores que van a su trabajo. Son personas que disfrutan de sus vacaciones o domingueros que se dirigen a realizar alguna ruta natural. Poco a poco voy percibiendo que ganan en número a los que trabajan y viven



Foto Noceda: Cuenya



en el pueblo. Me alegro de que me transiten, pero a veces también me enfado. Y lo hago cuando vehículos a motor me pasan por encima sin necesidad y de forma impune, con su ruido y sus humos, a pesar de que hay indicaciones para que no lo hagan... Y es que los caminos queremos seguir siendo lo que hemos sido durante siglos.

Me encanta el lugar donde me encuentro. Si me asomo un poco veo el río cercano que casi me lame los pies. Oigo el rumor del paso del agua, a pesar de la merma del final del verano. A mi alrededor se mantiene el verdor y el canto de los pájaros me sigue acompañando. El otoño es para mí una estación muy guapa: me viste de oro. Las hojas caídas de los árboles alfombran las pisadas. Ahora oigo un nuevo sonido, el crujido de las hojas bajo los pies, aunque hay días en que las hojas están húmedas y me pueden pasar desapercibidas unas pisadas. El viento empieza a arreciar y también crea su propia melodía en las ramas de los árboles.

En invierno me quedo silencioso y a veces duermo un largo sueño tapado con un *cobertor* blanco que en forma de *pelona* o de nevada oculta mis contornos... Pero si alguien se atreve a hollar-me, dejará en mí la huella ostensible de su pisada. Algunos días veo huellas que no reconozco fácilmente, pero sí sé que no son humanas, ni de vacas, ovejas...

¿Quién me ha visitado? ¿Lobos, *raposas*, jabalíes, corzos, nutrias? Es igual, en realidad a mí no me molestan, pero sí me preocupa que se sirvan de mí para llegar al pueblo... En las noches de otoño e invierno me resulta siniestro el canto de esa extraña ave que es la *curuja*. ¡Extraña tiene que ser porque en otros lugares he oído que la llaman *cabrallouca*! También oigo un sonido poderoso, en ocasiones tan impresionante que no me deja dormir. Es el río, que con su gran crecida, corre furioso. A veces me inunda y desaparezco parcialmente bajo un pequeño mar. Dejo de ser camino... Algún invierno incluso me ha dado un zarpazo del que manos generosas han sabido curarme.

A pesar de todo, aquí sigo, viendo pasar el tiempo... No sé cuándo nací, pero debo de ser ya viejo... Y espero seguir envejeciendo, pero con salud. Ya sé que alguna vez he sido maldecido por no ser carretera... Pero yo no soy responsable de las decisiones ajenas. Soy pariente de los senderos y de las carreteras, pero cada uno de nosotros tiene una vida propia, aunque convivamos amistosamente. Yo solo tengo una aspiración: seguir siendo camino: camino pisado, camino sentido, camino vivido. Cuidadme, por favor.

Encuentro literario en Noceda

Manuel Cuenya

El encuentro literario en el útero de Gistrodo, que celebráramos en la casa de la cultura del barrio de San Pedro el pasado mes de agosto, como viene siendo habitual desde hace ya doce años, también fue un momento memorable para compartir emociones, memoria afectiva, en torno al amor sagrado de la palabra, de esas palabras que dicen y piensan, como bien sabe la filóloga

y escritora Margarita Álvarez (colaboradora de esta revista), que estuvo presente en el evento. Gracias, Margarita, por tu buen hacer, con tus textos que rescatan la memoria de la lengua, de nuestras palabras, de lo ancestral que forma parte de nuestro acervo cultural. De esa tu Omaña hermanada con el Bierzo. De esas tus palabras hilvanadas con mimo y con humor.



Y mi agradecimiento por supuesto al resto de participantes en este encuentro (el duodécimo), a saber, Alicia López, poeta y narradora astur-leonesa de alto voltaje, que nos dejó con un nudo en la garganta, sobre todo con la lectura de uno de sus relatos; Marisé Prieto, a quien agradezco su cariño, su hospitalidad y por supuesto su profesionalidad como profesora y escritora; Dionisio Álvarez por amenizar el encuentro con sus letras poéticas y su música, con sus canciones y ese sabor a vendimia de otros tiempos en los que éramos felices y tal vez no lo sabíamos, y Camino Pastrana, joven y luminosa periodista y narradora que



Foto Casa de Cultura: Cuenya

se metió al auditorio en el bolsillo con la magia y la emoción de sus palabras, con su presencia escénica absolutamente extraordinaria.

Mi gratitud asimismo para quienes estuvieron presentes y ayudaron a crear un clima que sentí realmente entrañable, entre ellos Jesús Madero, que hizo un reportaje fotográfico, Antonio Merayo y Benjamín Arias, que incluso nos acompañaron en la velada, Ana y Javi, Alberto, Carlos y José Manuel, Marta y Emilio, algunos familiares, etc., etc.

Siento que, gracias al afecto de tanta gente, el encuentro literario tendrá su continuidad. Ojalá, *inshallah*.



Ninfa del Gistredo

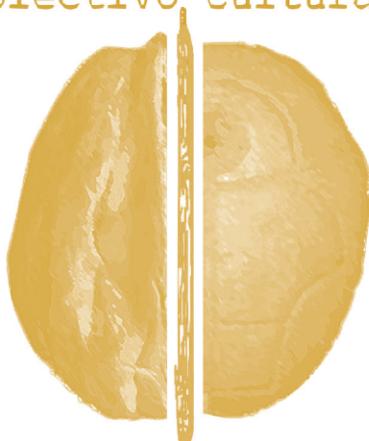
Gregorio Esteban Lobato

*Aguzo multicolor
con alma de romances y leyendas.
Barquichuela de cristal
que vas soñando tesoros por los castros
de Noceda.
Toda Flora. Toda Justicia.
Compañera de múltiples solidaridades...
Constructora de espacios
donde residen a sus anchas
alondras y ruiseñores.
Divina malabarista
de globos y excursiones infantiles.
Mecenas del juego limpio.
Jardinera de menta y romero.
Maestra de gnomos y hadas
con pizarra de plata de luna llena.
Espadaña de recóndita majestad...
Ya sabes.
Me refiero a ti
que nos regalas el deleite de poder leerte.
A ti
que desentrañas el mensaje de las piedras...
Ya sabes.
Me refiero a ti, Felisa Rodríguez
donde quiera que estés (1)*

Gregorio Esteban Lobato, del poemario Briznas editado en Bembibre en 1994.

(1) He procurado ser lo más fiel a mí mismo. Entonces me gustaba jugar con los espacios en la distribución del texto.

Colectivo Cultural



LA IGUIADA

www.nocedadel Bierzo.com



DIPUTACIÓN
DE LEÓN



INSTITUTO
LEONÉS DE
CULTURA



AYUNTAMIENTO
DE NOCEDA
DEL BIERZO